

EL PÉNDULO DE DIOS

Jordi Díez

*A mi padre,
con todo el amor, respeto y gratitud
que puedo albergar*

Por fin, a primera hora de la mañana, estaba todo listo para abrir la subasta.

Llegué el primero al Hotel Arts, me identifiqué en el mostrador del *lobby* con un nombre escogido para el momento y subí a la habitación, solo. Habían reservado una *suite* en el mítico hotel para dificultar la identificación en caso de que algo no saliese como estaba previsto.

Comprobé el número de la habitación en la placa junto a la puerta, eché un vistazo a los pasillos y, cuando estuve seguro de que no me había seguido nadie, introduje la tarjeta magnética en la ranura. Tras un suave clic, empujé la pesada puerta y entré. Una fría lámpara de diseño iluminó el pasillo hasta la sala principal, lo crucé y dejé el par de maletines con los equipos en el suelo de madera. Observé la sala, grande, con dos puertas entornadas (supuse que una del baño y la otra del dormitorio), y una gran cristalera frontal cubierta por una cortina opaca. La recorrí, y la visión infinita del mar Mediterráneo, por primera vez en las últimas cuarenta y ocho horas, calmó un poco mis nervios.

Saqué mi ordenador del maletín, lo coloqué en una de las mesas del escritorio y realicé los ajustes requeridos para conectarme a la red inalámbrica del hotel. Tras teclear las claves necesarias, el icono de un candado minúsculo en la pantalla del ordenador me confirmó la conexión segura; entonces, saqué un segundo monitor del otro maletín, lo conecté como periférico a mi ordenador y lo puse sobre una mesa lateral frente a la que situé un par de butacas para que los dos invitados, que me habían prometido que asistirían, pudieran seguir la subasta sin subirse a mis espaldas.

Había necesitado casi toda la noche para vincular las fotografías, los textos y los precios del catálogo a la base de datos que me había dejado franca Martí, pero ahora ya estaba todo listo.

Aproveché que todavía tenía casi dos horas de margen hasta las doce del mediodía, cuando todo comenzaría en serio, y me serví un pequeño desayuno del generoso minibar. Cuando tomaba el último sorbo de zumo, llamaron a la puerta. Abrí, y entraron el padre Carles, que quizá no fuese ni padre ni Carles, y el señor Navarro, de quien estaba seguro que utilizaba un nombre falso. Les di la bienvenida. Faltaba poco más de una hora para el inicio de la subasta, y la conversación se mantuvo apartada del tema hasta treinta minutos antes de la hora de apertura. Entonces, contesté algunas preguntas en relación con la preparación y les mostré, por encima, cuál sería el procedimiento de los pagos, las pujas y los abandonos, si es que estos últimos se producían. Los productos subastados estaban preparados para que, a medida que se cerraran las pujas y se certificaran los cobros, se vincularan a un número secreto que recibiría el comprador y que le serviría para reclamar el pedido en algún lugar seguro. Me certificaron que todos los compradores ya estaban avisados.

No era necesaria ninguna clave de seguridad para acceder a la web de la subasta, tal y como les hice saber, porque la dirección IP de la página solo la conocían aquellos a los que les hubiese sido facilitada, y después desaparecería para siempre. El servidor de conexión se había contratado en una empresa de Andorra, y la base de datos estaba alojada en uno canadiense. Un trabajo excelente de Martí. Si se hubiese tratado de algo perpetuo, las medidas de seguridad habrían sido mayores, pero siendo como era algo único y muy breve, no requería de más miramientos. Parecieron convencidos, a la par que nerviosos. Las doce menos diez; en ese momento, deseé desconectar todo y desaparecer de allí, pero ya era tarde, la primera petición de conexión parpadeaba en los monitores. Los tres nos miramos y yo me situé en mi sitio, al teclado. El padre Carles y el señor Navarro se acomodaron frente al otro monitor. Para garantizar la seguridad y el anonimato de los compradores, solo conocíamos su nombre en clave. A la primera petición se añadieron doce más y, a la hora prevista, doce en punto, trece desconocidos comenzaban la puja por los cuarenta y siete objetos robados del pasado. La mayoría eran pergaminos y pequeñas figuras de vírgenes y santos, también alguna pintura de reducido tamaño. Supuse que el contenido de la subasta se había seleccionado más por la facilidad de su transporte que por su posible valor. Casi todas las pujas quedaron definidas más o menos en su inicio. Imaginé que los coleccionistas, de cuya naturaleza no tenía idea, sabían muy bien qué pieza o qué piezas eran de su interés. De todas formas, había previsto un mecanismo por si algún artículo era objeto de pujas múltiples en los últimos dos minutos de la subasta: que esta se alargase automáticamente en periodos de dos minutos hasta culminar la venta.

Si con suerte esto no ocurría, en apenas cinco minutos certificaría los cobros para que el programa enviara las claves necesarias para retirar la mercancía, y adiós muy buenas. Todo el asunto a la papelera de reciclaje de mi memoria. Me sudaban las manos y no veía el momento de acabar. De pronto, un destello en la pantalla anunció una puja casi simultánea de dos compradores por un mismo objeto, una hoja de pergamino escrita por ambas caras y teñida de color púrpura. La fotografía, reducida a menos de un centímetro en la pantalla, dejaba entrever una hoja antigua con miniaturas dibujadas en los márgenes.

El primer comprador, que se identificó como [Capillus], ofertó cien mil euros de salida por el documento. Miré de reojo a mis dos compañeros de habitación y los vi tensos, aferrados a los brazos de la silla, las puntas de sus dedos blancas por la presión contra la madera acolchada, y sus frentes perladas por pequeñas gotas de sudor. De las otras piezas, la que más valor había alcanzado apenas llegaba a los quince mil euros, una talla de la Virgen con el Niño hecha en madera policromada, de unos cuarenta centímetros de altura y datada del año 1566. Pero cien mil euros era demasiado. Todavía nos estábamos reponiendo de la cifra cuando el otro, que

se había identificado como [Conversum], hizo la puja que al final resultó definitiva, un millón de euros.

Dos minutos más tarde, la página se desconectó y la dirección IP, así como los datos de todos los participantes, se borró automáticamente del servidor. Tan solo la ventana conectada a Suiza permaneció activa, con un saldo parpadeante de un millón trescientos treinta y siete mil euros.

El señor Navarro se levantó, sopló y, antes de salir de la habitación, se enganchó el teléfono móvil a la oreja. La camisa se le había pegado a la espalda por el sudor, y los pantalones le caían de manera ridícula hasta la mitad de los glúteos. El padre lo siguió con la mirada antes de desviarla hacia mí, más sereno que su compañero, y me preguntó si necesitaba ayuda para desconectar y recoger los equipos. Le agradecí el ofrecimiento, pero lo decliné. Lo único que deseaba era que se marcharan lo antes posible. Me dio la mano y salió.

Los rayos de sol que entraban por los amplios ventanales atravesaron impunes la tensión de dos horas y media, acumulada ahora en un monitor frío rematado con una cifra escandalosa.

En ese momento, recordé las tapas rojas y negras del viejo libro de mi padre y comprendí, sin necesidad de más pruebas, que había cometido un grave error al aceptar el trabajo. Uno más que añadir a mi lista vital.

Migdal, Israel, año 5 d. C.

Me habían mandado a recoger los huevos de las gallinas. Tenían que ponerlos en unas cajas de madera que habían hecho entre padre y mi hermano, pero como nunca lo hacían bien, debía recorrer todo el patio para encontrarlos. Hasta que no quedara ninguno, no podía jugar con ellas, ni arrancarles plumas para enredarlas en mi pelo, ni volver a casa.

Esa mañana, padre y mi hermano tampoco habían salido a varear los olivos. Llevaban varios días sin hacerlo, muy calientes, tumbados en el suelo de la casa. Madre los cubría con paños que remojaba en agua del pozo.

Mi hermano se llamaba Josué, como padre.

Todavía estaba en la parte de atrás recogiendo los huevos cuando escuché cómo se acercaba gente a la parte delantera de la casa. No nos venían a visitar muchas personas, solo los viernes porque vendíamos huevos y alguna gallina. Pero hoy no era viernes, era sábado y estaba prohibido por una ley que se recogieran los huevos en sábado. Siempre me decían que si alguien venía en sábado y yo estaba recogiendo huevos, o limpiando la casa, lo dejara todo para que no me llevaran presa. Escondí el canasto y entré muy rápido en la casa por el establo donde guardábamos el borrico.

La casa estaba llena de gente que abrazaba a madre. Una de las señoras, que venía casi cada viernes a buscar huevos, corrió hacia mí con un velo que le cubría la cara y el pelo, y me agarró.

—Pobrecita, pobrecita.

Yo busqué a madre mientras intentaba soltarme de la señora. Alguien había cubierto a padre con una larga sábana blanca que no le dejaba respirar, y nadie parecía darse cuenta. Padre no podría sacársela solo. Llamé a madre a gritos hasta que al final vino y me colgó de su cuello. Quería explicarle lo de la sábana, pero ella me acarició el pelo y me dio un beso que me mojó la cara.

—Ahora lo que importa somos nosotras, y sobre todo Josué —me dijo.

—Seguro que los hermanos de blanco pueden curar a tu hijo, vé tranquila, nosotros cuidaremos de los olivos y de tus animales. ¿Sin un hombre en la casa cómo vas a vivir?

—Pero no tengo con qué pagarles —le contestó madre al señor que le acababa de hablar.

—Son buenos judíos, una amiga de mi cuñada acudió con un dolor terrible en el costado y la curaron sin pedirle nada a cambio.

—Yo una vez vi uno en Nazaret, vestía de blanco y flotaba al caminar —dijo otro señor.

Todos hablaban y madre asentía mientras, conmigo al cuello, pasaba paños mojados sobre mi hermano. Ya no estaba junto a padre, lo habían apartado a un lado de la casa.

Cuando se hizo de noche, se lo llevaron y madre me explicó que se había muerto y que se reuniría con Dios, y que nosotras debíamos cuidar de Josué para que no se fuera también. La vi recoger algunas cosas de la casa y echarlas en una manta que ató al borrico. Yo la ayudé. Y asimismo metió algunas monedas en una bolsa que ató a su cintura. Después, nos fuimos a acostar.

La luna era tan grande que entraba por las rendijas del techo y no me dejaba dormir. No entendía muy bien lo que me habían explicado, pero madre me dijo que no volvería a ver a padre y que si no cuidábamos de Josué, también él se iría. Me dieron ganas de llorar.

Antes de que saliera el sol, nos levantamos y me explicó que ese día no recogería los huevos de las gallinas.

Los hombres que se llevaron a padre habían hecho un carro para mi hermano, que solo se movía para toser. Estaba muy caliente, y como no teníamos mucha agua, no lo podíamos mojar, y entonces la piel se le ponía amarilla y tosía más. Yo estaba sentada entre sus pies y dejaba colgar los míos mientras madre tiraba del borrico. Una vez, paramos a comer pan e higos.

El camino estaba lleno de polvo, y el sol nos quemaba la cabeza y los brazos. El polvo de las patas del borrico y de las ruedas se me metía en la nariz y no me dejaba respirar. Yo quería caminar, pero me cansaba y tenía que volver a subir al carro. Madre me explicó que teníamos que llegar hasta el río Arnón. Yo nunca había visto un río, y ella me dijo que una vez.

—Y cuando lleguemos al río, iremos hasta el mar. Y lo cruzaremos. Después de unos días, habremos llegado. Ojalá el Todopoderoso nos lo permita.

Y eso es todo lo que pude averiguar. Me aburría mucho y echaba de menos a mis gallinas.

A la mañana siguiente, llegamos al río. Le dije a madre que el pozo de donde venía esa agua debía ser muy grande, pero se rió y me dijo que no venía de un pozo. Le pregunté de dónde venía y me dijo que de la lluvia. Después, fue a hablar con unos hombres que llevaban túnicas cortas y nos subimos a un barco que corría por dentro del río.

El barco estaba lleno de sacos de trigo, y en las dos orillas del río se levantaban palmeras llenas de dátiles. Los hombres de las túnicas cortas me dijeron que cuando hiciese un poco más de frío, los recogerían para venderlos, y ellos los llevarían hasta Jerusalén, Belén y Jericó. El viento hinchaba una vela amarrada a un palo justo en el centro del barco, que rechinaba cada vez que la fuerza variaba. Yo lo imitaba con la boca. Íbamos muy despacio, como en borrico, pero los hombres me dijeron que a veces el viento era tan fuerte que los hacía volar. Yo no me lo creí.

Cuando llegamos a la orilla, había unos carros para cargar el trigo. Madre los ayudó a descargar los sacos y bajamos. Los hombres bajaron nuestro carro con Josué, y caminamos detrás de ellos hasta un pueblo muy grande. Yo nunca había visto tanta gente ni tantas casas juntas. Los hombres que tiraban de los carros metieron los burros en un establo muy grande y entraron en una casa en la que se oían las risas desde fuera. Nosotros dormimos en el establo, con nuestro borrico. Un señor con el pelo muy blanco nos trajo unas tinajas de agua, y madre nos bañó a Josué y a mí antes de acostarnos. Ella llevaba la cabeza tapada con un velo negro desde que salimos de nuestra casa.

Por la mañana, madre habló con un hombre y nos marchamos.

Caminamos todo el día hasta que llegamos a donde curarían a Josué. Madre buscó un lugar para pasar la noche, y por la mañana nos fuimos a buscar a los "hermanos de blanco", como ella me dijo.

En la vida es importante saber decir que no, pero siempre he pensado que quien niega muchas veces muere un poco en cada una.

Cuando era niño, mi padre regresó una noche a casa con un libro bajo el brazo, un libro grueso de tapas rojas y negras, con un título enigmático que quedó grabado en mi memoria para siempre, *Aprenda a decir NO*.

Creo que me hubiese ayudado leerlo alguna vez, porque en la mayoría de las ocasiones solo consigo comprender el error cuando ya es demasiado tarde para remediarlo. Justo lo que intuyo, por el título, que enseña a corregir el libro.

Ahora, mientras ocupaba mi asiento en el Airbus 330 que debería llevarme de Lima a Madrid, uno de los pasajeros llevaba el mismo libro bajo el brazo, treinta y tantos años después de haberlo visto por primera vez. No pude evitar una sonrisa y un recuerdo cariñoso hacia mi padre.

Esperé a que el avión se estabilizara y pregunté a la azafata si ya podía utilizar el ordenador portátil. Con un cargado acento portugués, me pidió que aguardara hasta que se apagase la luz indicadora de los cinturones de seguridad. Miré mi reloj, faltaban más de diez horas de vuelo, así que decidí echar una pequeña cabezada aprovechando que el asiento de mi derecha estaba vacío. Cuando abrí los ojos, la luz se había apagado. Enchufé el ordenador al brazo de apoyo y me sumé en la redacción del informe de mi último trabajo por el Altiplano peruano.

Mi función era sencilla, auditar cada euro gastado en lavar las conciencias de las acomodadas y endeudadas familias de Europa en programas de ayuda a lugares que jamás visitarían, y de los que nunca tendrían más noticias que las aparecidas en un periódico o la televisión de turno. Esta vez, el trabajo no había sido muy extenso, tan solo la construcción de unos pozos de agua potable y su canalización hasta los pueblos de Pucuto y Pumaorcco, a unos cuantos kilómetros al sur del Cuzco.

“La contratación de la mano de obra, así como la compra de los materiales, no se habría podido realizar sin la intervención de un traductor local. Sus honorarios figuran en el apartado D, epígrafe 3.7, Gastos en Zona”; me hubiese gustado hablar quechua, pero aquellas gentes de pequeña estatura y piel de dudoso grosor parecían hablar desde las entrañas en una lengua tan antigua como hermosa de escuchar, “la lengua de los hombres” la llamaban.

La misma azafata me preguntó si era yo el pasajero que había solicitado un menú vegetariano, y me sirvió. Antes de que los asistentes de vuelo hubiesen finalizado el reparto de bandejas a los otros pasajeros, yo ya había vuelto a la anotación, esta vez en una hoja de cálculo, de todas las partidas que había apuntado en mi pequeño dietario de mano. Cada gasto, cada movimiento, cada documento, todo quedaba registrado en ese pequeño cuaderno.

Cuando la voz del sobrecargo anunció el inicio del descenso al Aeropuerto de Barajas, la mayor parte del informe ya estaba redactado.

Llegué a Barcelona en el puente aéreo de las cinco de la tarde. Un empleado de la fundación me esperaba en la puerta de arribos nacionales. Pasamos entre los abrazos de los recién llegados con parientes y amigos, y salimos al *parking*.

—Me alegro de verle, señor Abidal.

—Y yo me alegro de estar en casa.

—¿Desea pasar por ella antes de la reunión?

—¿Qué reunión? No recuerdo que nadie me hubiese citado para hoy.

—El señor Nomis me ha pedido que le lleve lo más rápido posible a la sede.

Me sorprendió. No era la primera vez que me esperaban para algo relacionado con mi viaje, pero siempre en misiones más complejas, de más calado, y por supuesto, con mucho más dinero o donantes de cierta importancia de por medio. Solo pedí tomar un buen café por el camino. El vehículo, un Renault blanco sin distintivos, entró en Barcelona por la Ronda del Litoral. Siempre se me hacía extraña la vuelta a la "civilización" después de un viaje, y tenía la sensación de volver a un mundo vacío, insípido y, en muchos aspectos, despreciable. Aproveché la lentitud del tránsito para observar el interior de los otros vehículos. Personas solas, supuse que de vuelta del trabajo, con rostros tristes, taciturnos y síntomas evidentes de cansancio acumulado bajo sus ojos.

El chofer cogió la salida de Colón, se hizo un hueco en la poblada rotonda, y se desvió Rambla arriba, hacia la sede de Diners Nets, la fundación para la que yo trabajaba. Ocupaba una parte de la última planta del edificio en la calle Rivadeneyra, sede del Arzobispado de Barcelona, en pleno centro de la capital.

Al llegar el ascensor a la planta décima, me recibió un hombre orondo, con los pantalones en curioso equilibrio justo en el centro de su generosa barriga, y unos tirantes kilométricos que los aguantaban así. Alargó los brazos lo más que pudo y me abrazó.

—¡Cómo me alegro de verte, Cécil! Cuéntame, cómo te ha ido, qué tal el vuelo, pero dime algo, hombre —y cuando me soltó sin dejarme articular palabra, me palmeó la espalda, no supe si como saludo o para animarme a caminar en dirección a la sala.

Él era el único sacerdote con acceso a esa planta. Desde que comencé en Diners Nets, el "*bo d'en Pau*", como se le conocía, ya trabajaba, o vivía, allí. Avancé tranquilo entre las mesas, echando un vistazo de reojo a la mía para comprobar la altitud de los papeles en mi bandeja, y, sin detenerme, entré en la sala de juntas delante de él.

La sala en realidad era un estrecho pasillo paralelo a la oficina, como un gran tubo blanco relleno en su interior por una larga mesa de color arena. Al final del tubo se descolgaban una pantalla y, un par de metros más atrás, un proyector que la apuntaba desde el techo. La mesa estaba circundada por una docena de sillas

reclinables tapizadas en color azul. El *bo d'en Pau* me despidió con un último empujón de apoyo y cerró la puerta. Sentado al fondo de la mesa estaba mi jefe, Oriol Nomis, el catedrático director de la fundación, acompañado por dos hombres a los que no reconocí.

—Pasa, Cécil, te esperábamos —Oriol Nomis me tendió la mano—. ¿Cómo te ha ido, cansado? No. Bueno, es normal, aún eres joven, espera a que llegues a mi edad, entonces sabrás lo que pesa un viaje de diez horas. Deja que te presente a dos buenos amigos, el padre Carles y el señor Navarro. Ambos pertenecen a la Diócesis de Lleida, y son muy buenos patrocinadores —remarcó la palabra “patrocinadores”.

—¿En qué puedo ayudarlos, señores?

—Qué les dije, siempre dispuesto, siempre al grano y de confianza, no queda gente como Cécil, se lo garantizo —les dijo mi jefe al padre Carles y al señor Navarro, mientras con un gesto me invitó a sentarme.

Cuando lo hice, Oriol Nomis accionó un mando a distancia y sobre la pantalla comenzaron a proyectarse imágenes de figuras de santos, vírgenes solas o con el Niño en brazos, cuadros con motivos religiosos, y algunas fotos de pergaminos y libros antiguos. Fue una exposición muy rápida, de apenas un minuto en el que nadie alzó la voz. Rompió el silencio el propio Oriol Nomis.

—¿Sabes qué son? —me preguntó.

—Me han parecido antigüedades y, por nuestros acompañantes, supongo que vinculadas a la Diócesis de Lleida —sentí la incomodidad de los dos extraños, sobre todo del padre Carles.

—En efecto, Cécil, son antigüedades, pero de un extraordinario valor, y sabes lo mejor, no son de nadie porque no están incluidas en ningún registro oficial de la Iglesia —hizo una pausa—. Por eso, te hemos hecho venir con tanta urgencia. Además, supongo que también eres consciente de la discreción necesaria para seguir tratando este asunto.

—Creo que se equivoca de persona si lo que desean es un experto que las tase, yo no tengo ni la más remota idea del valor o de la autenticidad de estas piezas.

Oriol Nomis iba a hablar, pero el señor Navarro se adelantó.

—No queremos que nos diga qué valen, eso ya lo sabemos, queremos venderlas y necesitamos alguien de extrema confianza que nos ayude a hacerlo. Como bien le ha dicho el señor Nomis, la discreción en este asunto es vital.

Me giré hacia mi jefe.

—Mira, Cécil, no es lo que parece. No son piezas robadas, si es lo que te preocupa —cuando Oriol Nomis dijo esto, el padre Carles se agitó en su silla azul—. Hace bien poco, en una de las iglesias de la Franja, descubrimos por unas obras un pasadizo que había permanecido oculto durante muchos años, unos cuatrocientos si tenemos en cuenta la antigüedad de alguna de las piezas. El padre Carles es el párroco de esa iglesia y el responsable de que hoy nos encontremos aquí. Cuando

el cura bajó acompañado del capataz de la obra, para sorpresa de todos, encontró cuatro cofres de madera forrados en plomo con un contenido inverosímil y de un valor incalculable. Las fotos que has visto son solo una parte del contenido, pero para que te hagas una idea, una de las piezas es una silla de madera más antigua que la de San Ramón. El padre Carles tuvo la precaución de cerrar bien el acceso y de hacer prometer al capataz que jamás diría nada del hallazgo bajo pena de excomuniación —no pude evitar una sonrisa, pero Oriol Nomis continuó impertérrito a mi ironía—, entonces se puso en contacto con el señor Navarro y con alguna autoridad más que no creo que sea de tu interés.

—¿Y esto sí? —pregunté señalando la pantalla.

—Tú conoces mejor que nadie nuestros problemas de financiación. La gente no mide su buen corazón por el bolsillo, y cada vez las donaciones que nos llegan son menores. Las malditas ONG están acabando con la Iglesia y, lo que es peor, con los que vivimos por ella, ¿cómo vamos a realizar nuestra labor sin medios?, no se construyen pozos en la Conchinchina sin dinero para pagarlos —me sorprendió su tono—. Y la Iglesia, más preocupada a veces en otras cuestiones, no para de recortar las partidas para obras de caridad. Cáritas está tocada, Mans Unides navega en la mendicidad, y estos son los buques insignia, ¿qué crees que pasará con nosotros?, si ellos no gastan, nosotros no auditamos, y lo que es mucho peor, las obras no se realizan. Por eso, el padre Carles solamente declaró haber encontrado tres cofres e hizo lo correcto, porque por ellos, como bien sabrás si has leído los periódicos, se pelean desde entonces las diócesis catalana y aragonesa.

—El contenido del cuarto cofre decidimos dedicarlo íntegro para obras de caridad —apostilló el padre.

—Ahí es donde intervienes tú, Cécil; me gustaría —rectificó ante la aceptación de los otros dos—, nos gustaría que te encargases de seguir la venta y “limpiar” el resultante para que pueda ser utilizado en mejores causas. ¿Qué te parece? Por supuesto, si decides no hacerlo, no hay problema y sabemos que contamos con tu silencio, pero nos gustaría que tu respuesta fuese sí.

Quizás aturdido por el vuelo y la súbita reincorporación al mundo real, accedí, consciente en parte de que lo mejor habría sido negarme y marcharme para casa, pero también de que las palabras de Oriol Nomis no estaban faltas de razón.

—La venta se realizará en tres días mediante subasta por Internet, y los pagos se efectuarán en la forma que decidas. Tienes una habitación reservada en el Hotel Arts que te garantizará una cierta discreción. Lo dejamos todo en tus manos.

Me despedí, y de camino a casa pensé cómo podría hacerlo. Lo mejor sería recurrir a los métodos tradicionales, una cuenta numerada en Suiza con acceso seguro desde la red; muchas de las organizaciones que auditábamos recibían sus donativos en cuentas numeradas de esas, y transferencias *on-line* para cada

pieza. Hasta no tener la confirmación del pago, la pieza no se daría por vendida. Más difícil de digerir que de hacer.

Llegué a mi casa en la Diagonal demasiado tarde para cenar, así que tiré la mochila sobre la alfombra de la única sala del apartamento, y me fui desnudando hasta el baño, dispuesto para resarcirme del cansancio y la mugre acumulados en las últimas semanas. Limpio y relajado, recogí la ropa desperdigada, deshice la mochila y lo eché todo a la lavadora. Después, me hice un vaso de leche con chocolate y conecté el portátil. Sin duda, la mejor opción era Suiza. Tardé una media hora en abrir la cuenta, crear los *passwords* de acceso, solicitar los permisos de transferencias internacionales y pedir el registro de los movimientos al instante. Ya estaba lista la tarea encomendada por Oriol Nomis, y que, si me hubiese parado a pensar por un segundo en ella, era con mucho la más extraña desde que nos habíamos conocido quince años atrás.

Yo era entonces un pésimo estudiante de Economía que deambulaba por las cafeterías y los pasillos de la universidad, y aunque no era alumno de sus famosas clases de Política Internacional, sentía un respeto real por el Cacoca, "cabeza de coca", como se le conocía en los bajos fondos universitarios por el color blanco de su poblada cabellera. Entonces estaba algo más delgado que ahora, pero su cinturón también recorría un buen trecho antes de encontrarse.

Un día que me encontraba frente a una pintada en la que se reclamaba solidaridad con el pueblo saharauí, me golpeó en el hombro y me preguntó cuál era mi opinión.

—Sin dinero están jodidos —le contesté; entonces me apretó con cariño la nuca y se fue. Pocos días después, recibí una citación para acudir a su despacho.

—¿Y si el dinero que se recauda para el pueblo saharauí no llegara a su destino y se utilizase para otros fines, digamos diferentes, qué cree que se debería hacer?

El despacho me sorprendió por su pequeñez, afectada por la gran cantidad de libros, pero su pregunta-saludo no me dio tiempo a más inventario.

—No sé, supongo que alguien debería denunciarlo y hacer que el dinero llegara al fin para el que se ha recaudado.

—No siempre es fácil. A veces, parece que disponer de dinero ajeno produce una excitación especial a la que es difícil resistirse.

—Depende de para qué personas, supongo —contesté.

—¿Le gustaría ser una de esas personas?

—¿De qué personas?

—Pues de las que acompañan al dinero y se aseguran que llegue a buen fin, que llegue de verdad a su destinatario original. ¿Le gustaría? Vamos, no me mire con esa cara, su profesor de Economía me ha dicho que es usted un vago de campeonato, pero que tiene un don para ver lo que los demás ni imaginan, ¿es cierto o me he equivocado de persona? En todo caso, no es necesario que conteste ahora, piense si le gustaría embarcar con destino a Marruecos el lunes

próximo y, si se decide, yo hablaría con el doctor Martínez para aplazar sus exámenes hasta su regreso. Muchas gracias, señor Abidal.

Una sonrisa, un libro abierto en el que se enfrascó sin inmutarle mi presencia, y un gesto desinteresado me invitaron a dejarlo tranquilo. Esa misma semana compré unos pantalones de aventurero moderno y me marché al Sahara como ayudante de auditor.

Apagué el ordenador, contento por haber solucionado ya una parte del trabajo, y me eché en la cama donde pensaba permanecer las próximas catorce o quince horas.

“Oriol Nomis tenía razón”, pensé, “nada se consigue sin medios”, y no creí que cuatro figuras y cuatro libros antiguos menos en el inventario infinito de la Iglesia la hiciesen quebrar, mientras que, para los niños como los que yo había dejado en Pucuto y Pumaorcco, los fondos recaudados de la venta supondrían alargar sus vidas diez o quince años más. Quizás el padre Carles había sido demasiado generoso entregando tres cofres a quien ya poseía millones de ellos.

Cerré los ojos, satisfecho por la iniciativa y feliz por la perspectiva de una larga noche de sueño; sin embargo, lo primero que acudió a mi mente cuando dejé descansar la cabeza en mi almohada limpia fue el recuerdo del libro que mi padre trajo aquel día, *Aprenda a decir NO*.

Era muy temprano, apenas unos minutos para las seis de la mañana. Me hubiese gustado dormir más, pero un terrible sueño en el que estaba a punto de ser atrapado por un Pantocrátor armado con porra y chapa de policía me despertó. Ahuyenté al Pantocrátor con agua fría y rellené el mismo vaso de la víspera con más leche con cacao. Mientras rebuscaba por los cajones de la cocina cualquier cosa dulce no caducada, puse en marcha el ordenador. Un suave pitido me avisó de la entrada de un nuevo correo; lo abrí y vi que era de Oriol Nomis, pero no desde su dirección habitual, sino desde una tipo *web mail* de las que se abren *on-line* con cualquier seudónimo grotesco. Pensé que quizás intentaba no vincular a la fundación con ese asunto y que por ello no utilizaba su dirección oficial.

Me comunicaba los datos de la habitación del hotel, y adjuntaba un fichero con el inventario detallado de las antigüedades y sus precios de salida. Guardé el fichero en mi disco duro, imprimí los datos de la habitación del hotel, y borré el correo.

Ahora tan solo tenía que enlazar esos datos a la cuenta bancaria, pero, a pesar de que mis conocimientos informáticos eran bastante correctos, un trabajo como ese se me escapaba. Había meditado mucho sobre cómo controlar los pagos de la subasta; quizás una opción podía ser a través de mensajes por correo electrónico, pero eran poco fiables y su rastro, muy sencillo de seguir, así que la descarté, igual que hacer un seguimiento telefónico utilizando alias para identificar a los interesados, aunque no me pareció muy apropiado a la naturaleza de la transacción, por lo que al final decidí montar un circuito informático seguro que vinculara los productos subastados a la cuenta corriente de los compradores, de forma que, a medida que se cerraran las subastas y se certificaran los cobros, los artículos se vincularan a un número secreto de operación facilitado por el programa, y que serviría para reclamar el pedido en algún lugar seguro. El único problema es que era incapaz de construir ese circuito en solitario, aunque conocía a la persona perfecta para hacerlo. La única duda que albergaba era si querría ayudarme. Lo llamé.

Quedamos en su casa a las diez de la mañana.

Había conocido a Martí cuatro años atrás, en la presentación de un nuevo proyecto de ayuda para Guatemala. Un tipo callado, sentado en un extremo de la mesa, que a la hora del pisolabis ya había desaparecido. Tardé dos meses en volver a verlo, ya en el barrio de Gerona, en Guatemala. Uno de los epígrafes del proyecto consistía en la instalación de ordenadores en algunos colegios, y él era el encargado de hacerlo. Siempre que me venía a la memoria su cara mientras nos adentrábamos en el barrio, no podía evitar una sonrisa complaciente. Supongo que debió poner la misma cara de gilipollas y de miedo que pusimos todos la primera vez que nos adentramos en un lugar en el que incluso Amnistía Internacional tenía personal secuestrado. Sin embargo, se repuso, conectó uno a

uno el centenar de ordenadores y yo certifiqué con mi firma que así se había hecho. Unas cervezas desengrasantes en un tugurio del centro certificaron nuestra amistad.

Abrió la puerta él mismo y dejó que lo siguiera hasta su despacho. Para romper un poco el hielo, me explicó que acababa de ser padre por segunda vez, y que apenas podía dormir más de tres horas seguidas. Reímos un poco, recordamos los viejos tiempos y le expliqué, sin entrar en demasiados detalles, lo que esperaba que montase en menos de doce horas. Me aseguró que antes de medianoche estaría listo. Se lo agradecí con un fuerte abrazo y me dirigí a la fundación.

Si cumplía su promesa, aún tendría tiempo para atar algunos cabos sueltos, por ejemplo, cómo y dónde se iban a enviar las piezas una vez pagadas. Por el capital no había problema, ya había pensado cómo repartirlo. Lo mejor sería hacerlo mediante donativos anónimos por importes inferiores a tres mil euros. Así, los registros contables de las organizaciones beneficiarias no tendrían la obligación de informar a Hacienda sobre la identidad de los donantes. Cuando llegué, la actividad en la calle Rivadeneyra era frenética, como en cualquier otro día de la semana. Decenas de telefonistas encajonadas en mesas de metro cuarenta atendían llamadas a través de sus auriculares inalámbricos, sin más distracción que alguna mirada furtiva a los separadores sobre los que habían pegado postales familiares de las últimas vacaciones, y sin poder moverse más allá de la máquina de café.

Por suerte, en nuestro despacho la actividad era menor. La mayoría trabajábamos a pie de campo, y el trabajo de oficina consistía en cerrar expedientes o preparar nuevas auditorías. Entré y saludé a mis compañeros, que me recibieron con las frases de rigor, "Sí, todo muy bien", "No, es un país muy seguro", "He comido de fábula", "El vuelo un poco pesado", y así hasta que llegué al despacho de Oriol Nomis. En su puerta, figuraba el cartel de "*Auditor en Cap*". Llamé y entré.

El catedrático estaba sentado de espaldas a la puerta, hablando por teléfono mientras giraba sobre el eje de su sillón. Se había negado a que le instalasen uno de esos pinganillos para la oreja y continuaba con el teléfono de cable rizado de toda la vida, que se enrollaba en el dedo índice de la mano izquierda mientras hablaba. Al escuchar la puerta, se giró, y me invitó a pasar. Su despacho era austero, armarios de persiana, un archivador de cajones, un crucifijo en la pared junto a una reproducción de la Última Cena de Leonardo, un marco en la mesa con la foto de su esposa Marta y una gran ventana por la que le gustaba observar a la gente en su correteo febril por Barcelona. Pero lo que me fascinaba de su despacho era una antigua bola del mundo que hacía rodar en uno de los extremos de su mesa.

—¿Has descansado? —me preguntó.

—Estoy bien, gracias.

—¿Qué piensas de lo que hablamos ayer? —era un hombre directo.

—Creo que no es muy legal, pero sí lícito, ¿no?

—Yo no lo habría definido mejor, no es muy legal, pero sí lícito —repitió mis palabras en voz baja—. Corren tiempos difíciles, Cécil, todo ha cambiado mucho. Las necesidades de hoy centuplican las de hace solo veinte años, y los recursos son apenas los mismos. Los gobiernos se reúnen en cumbres inútiles mientras los pobres miserables, que no entienden de presiones ni políticas internacionales, simplemente se mueren. Casi desde que tengo uso de razón me he preguntado por qué, y aún no he encontrado la respuesta. Por eso decidí dirigir Diners Nets, Cécil, para que por lo menos las pocas ayudas que se hacen sirvieran de algo. ¿Qué podemos hacer, nos encogemos de hombros mientras el mundo revienta sus recursos en estupideces, o intervenimos? ¿Actores o público? La gran pregunta. En una cena con responsables de Càritas, conocí al que te presenté como señor Navarro, y salió esta misma conversación. Él tenía muy claro que es imposible concienciar a la gente. Al principio, yo no estaba muy de acuerdo, pero sus argumentos me convencieron. Ya no sirven las imágenes de niños muriendo de hambre, ¡por Dios, si las utilizan hasta para promocionar camisetas! Las noticias de hambre, desgracias y desigualdades no valen, no duran en un informativo ni tres segundos, ni aparecen en los periódicos más allá de una columna de breves, como si fuese el preámbulo de sus vidas. La gente tiene tanto ruido en sus cabezas que no escucha, no siente el sufrimiento, ni se inmuta si el que perece no tiene su mismo apellido. ¿Comprendes ahora, Cécil, por qué me ofrecí a ayudarles? Sé bien que no es el mejor camino, pero por lo menos es un camino, y si lo hacemos con cuidado, puede funcionar.

—Si me permite la franqueza, no me gusta. Pone en riesgo nuestra credibilidad profesional, pero puedo comprenderlo. En la mayoría de los lugares que visitamos cuando se potabilizaba agua, faltaban escuelas, si se construían escuelas, faltaban hospitales, y carreteras, y electricidad, y profesionales formados, y una lista tan larga de carencias que dudo de que aun vendiendo todos los bienes de la Iglesia se pudiesen solventar. Sin embargo, no me gusta. Lo haré porque confío plenamente en usted y porque el dinero se gastará de forma honrada, pero esta será la única vez que lo haga. Quería que lo supiese antes de continuar.

Oriol Nomis asintió con la cabeza.

—Te comprendo, yo dije lo mismo. No creo que sea necesario insistir más en este tema, pero antes de continuar con los asuntos más prácticos, ¿me dejas que te haga una pregunta muy personal, Cécil?

—Claro.

—¿Tú crees en Dios?

—¿En cuál Dios? —contesté no sin cierta sorna.

—Vamos, Cécil, hablo en serio. ¿Por qué estás con nosotros, por qué no trabajas para multinacionales en las que ganarías veinte veces más de lo que ganas aquí?

—su pregunta me cogió de improviso, y solo alcancé a sacudir los hombros—.

Sabes, a veces yo también tengo dudas, pienso en qué hubiese sido de mi vida, y de la de Marta, si hubiese aceptado el cargo de consejero delegado en alguna de las entidades que me lo ofrecieron, o ministro cuando pude; ahora viviría en una mansión, tendría propiedades, promociones inmobiliarias en la costa, y mis herederos legales se estarían frotando las manos. Pero escogí este camino, como tú, iy no me arrepiento, porque yo sí lo hice porque creía en Dios! Ahora no sé en qué creer.

—Crea en usted —le dije.

—Los hombres, todos, por nuestra extraña y maravillosa naturaleza, somos vulnerables. No es fácil creer en algo vulnerable. Recuérdalo siempre.

Calló un rato, y cuando lo creí de vuelta, le expliqué cómo pensaba llevar a cabo la subasta. Decidimos limitar las pujas por dos horas, de las doce del mediodía a las dos de la tarde. Pasado ese tiempo, el bien se adjudicaría a la oferta más alta de forma automática. Él se encargaría de hacer saber a los interesados la dirección de Internet de la subasta, y una vez efectuadas las ventas, se enviarían las antigüedades a direcciones postales donde se recogerían contra la contraseña facilitada al realizar el pago. Después, realizaríamos transferencias inferiores a tres mil euros hasta dejar la cuenta en cero, y la anularíamos. Fin de la operación. A las dos de la mañana, recibí el mensaje de Martí confirmando que había llevado a cabo el trabajo y fui a verlo. Con los ojos enrojecidos, me explicó el funcionamiento completo de la rutina, cómo debían realizarse los pagos, cómo se vincularían las piezas contra los depósitos, cuánto tiempo debía esperar para tener la seguridad de que un pago se había realizado, y cómo la mayor parte se desconectaría y se borraría automáticamente una vez finalizada la subasta. Un trabajo excelente. Debo reconocer que me sorprendió que Martí no hiciese ninguna pregunta, pero lo achaqué a su profesionalidad.

Cuando regresé a casa, envié un correo electrónico a la nueva dirección de mi jefe indicándole la página de Internet que habíamos habilitado para la puja.

Al día siguiente, después de celebrarse la subasta tal y como la habíamos planeado, y apenas unos minutos después del mediodía, en la habitación del Hotel Arts solo quedaba la tensión de dos horas y media de subasta acumuladas en un monitor, ahora inerte, y una gran sorpresa, un saldo de un millón trescientos treinta y siete mil euros parpadeando en la pantalla vinculada a la cuenta en Suiza. ¡Un millón de euros! ¡Alguien había pagado un millón de euros por un trozo de piel de vaca escrita! No podía creerlo. En cuanto los dos observadores abandonaron la habitación del hotel, llamé de inmediato a Oriol Nomis para informarle de la locura que acababa de presenciar, pero su teléfono extrañamente daba señal de apagado, así que decidí ir a verlo a la oficina, donde me encontré con que su despacho estaba cerrado y él, ausente. Saludé al *bo d'en Pau* y a los pocos que quedaban por la tarde, y, tras un par de llamadas infructuosas, decidí aprovechar la espera contestando algunos informes acumulados en mi ausencia.

Me pareció extraño que no se pusiera en contacto conmigo de inmediato al saber acabada la subasta, aunque quizá ya supiera su desenlace..., pero también había otras dudas, incluso más sorprendentes, que me asaltaban desde el último pantallazo, ¿cómo era posible que alguien pagara esa cifra por una hoja de pergamino?, ¿por qué Conversum había realizado una única puja justo después de que Capillus hiciera la suya? Nadie se había interesado en la hoja hasta que Capillus pujó, ¿y por qué no había ofertado cien mil un euros?, ¿quizá sabía el límite de Capillus y de un plumazo lo había barrido? Los últimos minutos habían quedado minimizados en la barra de tareas de mi cerebro, sin respuesta aparente por el momento. Al cabo de un par de horas, llegó Oriol Nomis y, contra lo que hubiese sido normal, no pareció sorprenderse de encontrarme allí, me saludó como cualquier día y se encerró en su despacho. Por supuesto, lo seguí y entré tras él para comentar la increíble resolución de la subasta.

—Pasa, pasa, Cécil —me animó.

—Le he llamado varias veces al móvil —me quejé.

—Lo tenía apagado, estaba comiendo con un par de amigos tuyos —y me guiñó el ojo.

—Así pues supongo que ya estará informado de lo que ha ocurrido, ¿no?

—Me lo han comentado, sí. Hemos tenido suerte, Cécil, podemos estar contentos de la cifra conseguida. ¡Ni en el mejor de los casos habríamos imaginado algo así!

—Disculpe, ¿pero no le extraña que alguien pague un millón de euros por un trozo de piel de vaca de no sé qué siglo?

—No seas cínico —me reprendió—, los coleccionistas son gente particular, muy especial. Muchos de ellos, multimillonarios para los que gastar un millón es como para ti gastar cincuenta euros en una buena botella de vino. Les apetece y lo gastan. Punto.

—Pero de la manera como ha ocurrido, dos minutos antes del fin de la subasta, para contrarrestar la oferta de otro coleccionista...

—Cécil, Cécil —me interrumpió—, esa cabeza tuya siempre maquinando, siempre tras la palada de basura bajo la alfombra. No te preocupes más, seguro que se trata de algún loco excéntrico de esos que se han hecho millonarios de golpe traficando con petróleo, ¿qué de malo ves en gastar más de un millón de euros en ayudar a los más pobres del mundo? Deberías dejar de ver fantasmas y pensar en cómo vas a traer el dinero de Suiza.

—¿Voy a traer? —pregunté más asustado que sorprendido.

—Claro, la idea de hacer transferencias de tres mil en tres mil euros ha sido destrozada por nuestro mecenas anónimo, así que hemos, perdón, he pensado que sería mucho mejor ir allí y traer el dinero en efectivo. Una vez lo tengamos aquí, será más sencillo desviarlo a los cepillos de las parroquias en pequeñas cantidades —dijo con una mueca de sonrisa en la boca—. Como sabes, los cepillos son algo solamente entre Dios y la Iglesia —la sonrisa se torció del todo.

Me costaba comprender qué me decía mi mentor y jefe. ¿En verdad no veía nada extraño en la forma como se habían producido los hechos? O es que la posibilidad de “gastar” un millón de euros lo hacía tan feliz que le hacía pasar por alto todas esas extrañezas. Oriol Nomis era un hombre inteligente, una de las mentes más privilegiadas que habían enseñado en la universidad, ¿dónde estaba esa capacidad de análisis que lo había convertido en consultor incluso de diferentes gobiernos?

—Perdona, Cécil, con todo este follón de cifras se me ha olvidado lo más importante, felicitarte. El padre Carles y el señor Navarro me han transmitido también sus felicitaciones más sinceras por tu profesionalidad y la excelencia del sistema que has ideado. Ahora, recoge un poco tus cosas y tómate un par de días de fiesta. ¡No te preocupes! Todo ha salido perfecto, las piezas se enviarán mañana de manera confidencial y, antes de finalizar el mes, esos niños que dejaste en Perú tendrán un buen pellizco para saciar un poco sus carencias. Te lo digo con la mano en el corazón, Cécil, gracias y felicidades —y como era costumbre en él, me invitó a dejarlo solo.

Seguí forzado su consejo y me fui a casa, pero la tarea que mi cerebro había minimizado, dijera lo que dijera Oriol Nomis, no se había detenido. Intenté no pensar demasiado en ello, confiar en su palabra, no analizar todas las consecuencias dimanantes, ni menos aún cómo podían afectar a mi carrera, pero me era del todo imposible. ¿Por qué a Oriol Nomis no le había sorprendido ni, por qué no decirlo, asustado el desenlace de la subasta?, y otra pregunta que corría por mi corteza cerebral, ¿qué había comprado Conversum y quién era para haber pagado semejante barbaridad? Algo se me había pasado por alto. Decidí recuperar el texto que me habían dado para la subasta: “Hoja de pergamino teñida en color púrpura datada alrededor del siglo II d. C., de trece por veinte centímetros, perteneciente a un códice romano (del que no había cita) con escritura en latín por ambas caras”, lo había leído una docena de veces; sin embargo, caí en la cuenta de que no había prestado demasiada atención a la imagen. La cargué rápidamente con un programa de retoque fotográfico y la aumenté al máximo que me permitió la pantalla. El resultado no pudo ser más inverosímil, la foto del pergamino era en realidad una especie de programa de fiestas vecinal impreso en forma de pergamino, pero con una antigüedad no superior a un par de meses. Cuando pasé las fotos a la base de datos para la subasta, no me di cuenta por su reducido tamaño. Lo cierto era que la miniatura sí parecía un pergamino como esos que aparecen en los libros, o en los documentales de televisión, pero nada tenía que ver con el texto explicativo, ni mucho menos databa del siglo II. Examiné el resto de las imágenes, y la única que sufría una manipulación evidente tan clara era la del pergamino que había comprado Conversum.

¡Quizás el negocio había sido blanquear un millón de euros! No, no era posible porque Conversum se había deshecho de un millón, pero no lo había blanqueado, lo había gastado, y si no me habían engañado más incluso de lo que yo empezaba

a creer, nadie le iba a enviar una factura oficial por un programa de fiestas valorado en un millón.

Consulté en Internet acerca de los pergaminos y supe que su nombre se debía a la ciudad italiana de Pérgamo, donde al parecer hubo una industria floreciente de fabricantes de pergamino. Me enteré también de que desbancó al famoso papiro y que se podían confeccionar con la piel casi de cualquier animal, aunque las vacas eran las preferidas. En las páginas que consulté había muchas fotografías, todas más creíbles que la utilizada en la subasta. Aprendí de pergaminos, pero no aclaré qué podía contener el que había comprado Conversum.

De las tres preguntas, dos no tenían respuesta. No sabía por qué Oriol Nomis no se había inmutado tras la subasta, ni qué aparecía en el pergamino, así que solo me quedaba la tercera, saber quién se escondía tras el nombre en clave, y yo mismo me había asegurado de garantizar su anonimato. La tercera pregunta también sin respuesta. Claro que... Una idea me asaltó. Me vestí de prisa y salí. Tenía que hablar con Martí.

—Necesito encontrar a uno de los que pujaron —le dije nada más verlo.

—Imposible. Tú mismo me pediste que nadie, bajo ningún concepto, pudiese localizar a ninguno de ellos. Por eso, les permitimos entrar con nombres en clave y funcionar contra la cuenta corriente numerada que me diste.

—Lo sé, pero en ese nadie no te incluí a ti, ¿verdad? —su rostro cambió a una mueca. Había dado en el clavo.

—¡Claro que me incluía! Fuiste muy claro en eso.

—Martí —lo interrumpí—, estoy convencido de que puedes recuperar algún dato de los ordenadores que se conectaron, ¿es así o no?

—Quizá, con mucha paciencia y después de varias horas podría encontrar la IP remota de conexión, ¡pero eso no significa conocer quiénes son! —él mismo debía proteger su trabajo.

—Comprendo, esa IP no nos dirá quiénes son, pero sí nos puede acercar mucho al lugar desde el que se conectaron, ¿me equivoco?, ¿y me equivoco también si supongo que has guardado algún registro con esas IP?

—No —aceptó resignado—. ¡Pero no las guardé por nada en especial, solo como seguridad de conexión, por si alguno de ellos se desconectaba, para permitirle entrar de nuevo a la subasta sin abrir una nueva sesión! Lo siento.

—No te disculpes, el trabajo ha sido excelente. ¿Aún guardas esas IP —asintió, y yo seguí—, y crees que podremos rastrearlas?

—Podremos seguirlas hasta el servidor que hayan utilizado; después, dependiendo de la seguridad de ese servidor, podremos acercarnos más o quedarnos allí.

—Bien. Necesito encontrar al que entró con el alias de Conversum. Es importante. Martí me miró y me pidió que lo siguiera hasta su despacho. Era una sala no muy grande en la que el desorden se apreciaba en los detalles. Conté cuatro monitores y seis teclados. La luz natural, que podría haber entrado por la única ventana

exterior, estaba barrada por una cortina metálica de tiras, y toda la iluminación provenía de dos fluorescentes que colgaban de un falso techo. No había plantas y sí miles de CD, libros y carpetas colocados con prisa por las estanterías. De todas las cosas que se mantenían sujetas a la pared con cinta adhesiva, destacaba una hoja con trazos de tiza de colores poco precisos, en la que una cabeza deforme, sin nariz ni orejas, observaba lo que parecía un monitor.

Martí tecleaba y hacía correr el ratón a una velocidad parecida a la de un hombre con seis o siete brazos.

—Ese Conversum es muy listo, o está muy bien asesorado —hablaba sin dejar el teclado y con la vista fija en la pantalla—. Sea quien sea, lo ha hecho muy bien. He conseguido rastrear solo tres de los puentes que utilizó antes de conectarse.

—¿Puentes?

—Mira —me dijo mientras giraba el monitor para que lo pudiese ver con claridad—, el servidor desde el que se conectó a nuestro URL era un servidor canadiense, pero a este se había conectado desde un servidor ucraniano, al que había accedido desde un servidor de Liechtenstein. Ahí le pierdo la pista. Liechtenstein no permite rastrear sus IP ni informa de sus servidores.

—¿Me quieres decir que Conversum, antes de conectarse con nosotros, ya había previsto un circuito imposible de rastrear?

—“Imposible” es una palabra muy dura, pero sí había preparado una buena defensa ante miradas indiscretas.

—¿Podemos seguirlo más allá?

—En una hora, no. Necesitaría bastante más tiempo y no estoy seguro de que me puedas compensar —Martí no escatimaba favores, pero su tarifa no era de las más económicas.

—No te preocupes, si necesito acercarme más, te lo diré.

Ya iba a marcharme, cuando de pronto se me ocurrió una nueva estrategia.

—¿Y Capillus, puedes encontrarme a Capillus?

Me devolvió una mirada comprensiva y se puso de nuevo a teclear. Me explicó que, como ya tenía todas las rutas abiertas, esta vez sería más rápido, siempre que Capillus no hubiese diseñado también un sistema de antilocalización.

—*iEt voilà*, Capillus no ha sido tan previsor! Además, está relativamente cerca.

—¿Cómo de cerca? —pregunté.

—La conexión se realizó desde un cibercafé de la calle Ballesteries, en Girona. Te puedo decir incluso que lo hizo desde el ordenador número siete del café. ¿Alguna pregunta más? —me desafió en tono burlón.

No ubicaba bien las piezas del rompecabezas y supuse que la cara de asombro fue lo que hizo carcajear a Martí. Le di las gracias de nuevo y me marché.

Estaba por irme a casa, pero la curiosidad y la cercanía de Girona me animaron. No había comido, así que podía llegar hasta allí, comer, y luego tomar un café en

ese ciber. Quizá descubriría algo o a alguien que me ayudase a seguir con el hilo. Sabía que era una idea sin pies ni cabeza, pero ¿qué lo tenía desde que llegué? Me costó, como siempre, encontrar aparcamiento en el centro. La calle Ballesteries estaba en la parte más turística y frecuentada de la capital, cerca del Puente de Sant Feliu, un lugar desde el que los visitantes desplegaban sus cámaras para tomar una y otra vez la foto de las casas de colores reflejadas en el río Onyar. Continué el paseo entre las tiendas de libros de viajes, comida dietética y figuras de santos y vírgenes de resina, hasta la misma calle Ballesteries. Mientras buscaba dónde almorzar, había cruzado distraído la Plaza del Correu Vell para llegar justo frente a un local con la fachada pintada de verde fluorescente. En la acera, un cartel en forma de "V" invertida anunciaba las excelencias de la comida cibernética; pizzas ADSL y bebidas reconstituyentes con nombres tan diversos como Root o Directory eran sus ofertas estrella, amén de conexión gratuita a la red siempre que la consumición superara los diez euros. Capillus había realizado su puja desde una de aquellas sillas de aluminio que se adivinaban en el interior del local. Entré.

El cibercafé no era muy grande; conté siete mesas enganchadas a la vidriera con vistas al río, todas individuales, y cuatro más dobles en la parte interior del local. Al fondo, una pequeña barra de servicio y una chica con una camiseta con lemas pro independencia de Catalunya, que supuse sería la camarera. Doce ordenadores, si contaba el suyo. La decoración, a diferencia de la camiseta, necesitaba de más imaginación que tiempo para gozarla. Me senté en la última mesa, la más cercana a la barra, y la activista me sirvió una pizza Google Earth. Éramos cuatro personas obrando el milagro de mantener la bebida, los cubiertos, el plato, el teclado, el ratón y el monitor en la mesa de tres por tres palmos. Mientras arrancaba trozos de pizza con una mano, e intentaba mover el ratón con la otra, estuve tentado de preguntar a la camarera si conocía algún cliente que se conectara desde allí con el sobrenombre de Capillus, o cuál de los once ordenadores era el número siete, pero no lo creí oportuno, así que probé por acceder al servidor de red del local. Por desgracia, ni mis conocimientos informáticos eran suficientes, ni la seguridad tan deficiente, así que no conseguí nada de nada. Pagué y me marché.

Deshice el camino en dirección al centro y, ya que no había conseguido mi peregrino propósito, decidí aprovechar la tarde visitando el Call, el magnífico barrio judío de Girona. Me encantaban los recodos de sus estrechas calles, las escaleras en penumbra que adivinaban el acceso a lugares secretos, niveles mágicos apenas unos escalones más arriba. Me fascinaban los soportales de las casas burguesas, con sus piedras grabadas con el año de construcción sobre los arcos mudéjares. Muchas de esas casas se habían reconvertido en cafés, chocolaterías, tiendas de antigüedades y librerías esotéricas judías. Raro era el escaparate en donde no hubiera una menorá, el candelabro sagrado judío de siete brazos, o una estrella de David.

Subí hasta la Catedral de Girona por su parte trasera, por los escalones de la Pujada de les Escales, y me senté un rato mientras observaba a los numerosos turistas disfrutar del recién restaurado monumento. Imaginé los números de esta catedral, los cepillos vacíos y las cuentas corrientes llenas. Los turistas no acostumbran a dejar limosnas fuera de sus parroquias. Los observé mientras subían y hacían bromas entre fotos y resbalones simulados. Sería fácil colocar el millón largo de euros en esos cepillos ricos en espacio.

El frío de la tarde me ayudó a levantarme y volver a casa, rendido a la evidencia y dispuesto a dedicar mi tiempo en asuntos más productivos. Ya estaba apenas a doscientos metros de mi coche cuando sentí un escalofrío horrible, como si un alma en pena me hubiese atravesado. Todo el vello de mi cuerpo se erizó. Me paré, giré la cabeza hacia el otro lado del río, y la vi. No había duda. Estuve a punto de tirarme al suelo, recé para que no me hubiese visto y volteé de golpe contra el escaparate de una tienda. Quizás había conseguido que no me viera, pero desde luego no pensaba darme vuelta para averiguarlo. Maldita sea, ¿qué hacía ella allí? ¿Qué hacía Azul en Girona? Hice ver que miraba los escaparates de los comercios vecinos y aceleré el paso hasta casi correr en dirección al coche.

De camino a casa, solo tenía una pregunta en la cabeza, ¿qué hacía Azul allí? Era demasiada casualidad encontrarla de nuevo y justamente frente al café desde el que se había conectado Capillus. Algo olía a podrido y Oriol Nomis tenía que saber el porqué. Activé el manos libres del coche y lo llamé.

—Azul está frente al café desde el que se conectó el gancho en la subasta —fui directamente al grano.

—Lo sé, me acaba de llamar para decirme que ha visto tu coche. Ven a casa, es mejor no hablar de esto por teléfono.

Llegué a la casa de mi jefe a la hora de cenar. Tenía la sensación de haber pisado una mierda del tamaño de un campo de fútbol, o por lo menos, de estar metido en un asunto que apestaba igual.

Oriol Nomis y su esposa Marta vivían en un pequeño pueblo a veinte minutos de Barcelona, en una antigua casa de pagés reconvertida en vivienda. Ella era una mujer muy hermosa, más cercana a mi quinta que a la del catedrático, del que se enamoró siendo su alumna. No era un hecho insólito el *affaire* de un profesor con una alumna, pero que ese profesor fuera el Cacoca revolucionó a la Universitat. Ahora hacía bastante de eso y a nadie parecía extrañarle la desigual pareja. No habían tenido hijos.

Fue la propia Marta quien abrió y me saludó con un par de besos sinceros. Me avisó de que Oriol me esperaba y me acompañó hasta la sala comedor donde, además del propio catedrático, el padre Carles y el señor Navarro parecían haber gozado de una buena cena.

—Pasa, ¿quieres cenar alguna cosa? Marta, por favor, prepara un poco de pan con tomate y queso para Cécil —negué el ofrecimiento—, ¿no?, bueno, comprendo que

no tengas mucha hambre, quizá después. Ahora siéntate con nosotros, creo que te debemos una explicación.

—Azul estaba en Girona, frente al café desde el que se conectó el gancho —le dije.

—Lo sabemos, la enviamos nosotros. Ella es Capillus.

—Permítame, deje que sea yo quien le ponga al corriente —intervino el señor Navarro—. Mi nombre real es Antonio Aripas, comisario Antonio Aripas. Como bien puede imaginar, todas las obras de arte y antigüedades están sometidas a un constante acoso por parte de los coleccionistas privados, en especial, aquellas relacionadas con la Iglesia, y aquí nos sobran iglesias —lo dijo sin tono alguno, como la simple constatación de un hecho—. Creemos que no tanto por el componente religioso, sino por la mayor facilidad de hacerse con ellas. Sabe usted muy bien que no disponen de las mismas medidas de seguridad el Museo del Prado y una iglesia románica aragonesa.

—No, yo no sé nada. Maldita sea, me han utilizado y ni siquiera sé para qué.

—Cécil, deja acabar al comisario, por favor —me interrumpió Oriol Nomis.

—Gracias, señor Nomis. Como le decía, señor Abidal, en estos últimos meses nos hemos visto superados por una oleada de robos de antigüedades a gran escala. La prensa ha filtrado algunos de aquellos sobre los que ha tenido conocimiento —recordé el robo del Códice de Liébana—, pero todavía andan lejos del alcance real de lo que está ocurriendo. Muchas iglesias, sobre todo de Catalunya, Aragón y del sur de Francia, están siendo asaltadas para robar pequeñas figuras de santos o vírgenes, pero sobre todo manuscritos antiguos, y códices. Por eso, montamos toda la subasta, queríamos cazar, o por lo menos tener una pista de quién está tras la oleada de robos.

—Sigo sin comprender qué pinto yo en todo esto. ¡Señores, soy un auditor! ¡No un policía!

—Tenemos la sospecha de que alguien muy metido en la jerarquía de la Policía, o de la Iglesia, es quien facilita la información para realizar esas acciones. Saben qué buscan, y aunque eso no es ningún secreto porque la información se encuentra en los Archivos Generales de Patrimonio, saben con exactitud cómo entrar y salir de los archivos, dónde se encuentran las cámaras y los sensores de alarma, todo el sistema de seguridad les es conocido.

—El comisario Antonio es un viejo amigo y en una comida me comentó lo que estaba ocurriendo. Fue entonces cuando les “ofrecí” tus servicios. Estaba seguro de que no te negarías a echar una mano, aunque fuese de esta forma, en favor de los más pobres. Pensamos simplemente que eras uno de los mejores para montar la subasta, y que después ya continuaríamos nosotros con la búsqueda. No creímos que te lo tomaras tan, no sé cómo decirlo, a la tremenda.

—Pinchamos la red del hotel para tener un control de todos los que interviniesen en la subasta —ino podía creerlo!—. Sin embargo, la presa mayor se nos ha escapado de nuevo.

—Sí, en Liechtenstein. ¡Me has utilizado como a un imbécil! —señalé a Oriol Nomis.

—No teníamos alternativa, señor Abidal —ahora fue el padre Carles quien intervino—, no sabíamos si podíamos confiar en usted. Sea comprensivo.

—¿Cómo sabe usted lo de Liechtenstein? —preguntó el comisario.

—No me gusta dejar las cosas a medias, y en este asunto hay demasiados cabos sin resolver. El señor Nomis también debería haberlos avisado de eso, puedo ser muy tenaz cuando no comprendo alguna cosa —vi al catedrático esbozar una gran sonrisa.

—Les avisé, Cécil, les avisé.

—¿Y Azul?

—La metimos en esto antes que a ti. Sabes bien de sus cualidades, pensamos que sería un buen gancho. Conoce este mundo.

Yo también conocía ese mundo de Azul, lo había vivido muy de cerca, hasta que la arrestaron.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

—Usted ya ha cumplido con su cometido. Sentimos profundamente haberle embarcado en esto y esperamos que sea comprensivo. Como usted, nosotros también antepusimos un bien mayor a la opacidad del camino. Además, no debemos olvidar que el millón de euros es real y está dispuesto para que alguien lo recoja y le dé un uso más, digamos, lícito.

—Si me hubiesen advertido, habría dejado alguna puerta para seguir la pista del dinero... —alegué.

—Si le hubiésemos advertido, el millón de euros ahora no estaría en esa cuenta, créame.

—Pero cuando Conversum sepa que el manuscrito es falso, intentará tomar represalias, buscará al contacto que le dio el aviso.

—No tiene por qué saberlo nunca. Quizá no sea el que él deseaba, pero nadie ha dicho que sea falso —aclaró el padre, que sin duda no conocía la fotografía del programa de fiestas.

—De todas formas, y ustedes lo saben muy bien, si en verdad todo lo que me han contado es cierto, dudo mucho de que una persona capaz de pagar un millón de euros por una pieza robada se quede sentada en su sillón observando un trozo de pergamino que no es el que ha comprado.

—Lo tenemos controlado. Por favor, señor Abidal, solo le vamos a pedir dos cosas más: una, que se olvide de este tema, y otra, que mantenga la discreción adecuada a un caso de este calibre. Le reitero nuestras disculpas, y ahora, si me perdonan, debo regresar a mi unidad. Buenas noches, señores.

El comisario se marchó y Marta lo acompañó hasta la puerta. Aproveché que todavía estaba abierta para marcharme yo también. No sabía qué estaba más, si enfadado, confundido, asustado, o todo a la vez.

De camino a casa, fui incapaz de apartar los ojos de Azul de mi recuerdo.

Secacah, Israel, año 15 d. C.

Aunque no me gustaban mucho las lluvias, ahora las echaba de menos. A cada paso se levantaba una pequeña nube de polvo, y todavía faltaban más de dos meses para que viéramos de nuevo el agua rebosar en los pozos. El sol ondulaba la vista y solo los ancianos eran capaces de distinguir en la lejanía.

Cada día llegaban nuevas personas; algunas, como yo, eran el pago por un favor fuera del alcance de los seres humanos corrientes, pero las más eran gentes hastiadas de la vida que buscaban respuestas en las cuevas de la ciudad.